

Devuelvan mi Inocencia

Una extraña sensación subía velozmente cómo descargas eléctricas por mi cuerpo, soy bastante joven, apenas 18 años recién cumplidos, alto, de porte atlético y con una personalidad optimista que muchos dicen que roza lo extraño.

Pero heme aquí con mis oídos zumbando por el desconsolado llanto de mi madre, pegados a la radio escuchábamos el sorteo que definiría el futuro de tantos jóvenes como yo; el sorteo sobre la convocatoria a la Guerra de las Islas Malvinas ¿Mi número? el 653, yo debía ir, esa era la razón del llanto fatalista de mi progenitora.

Nunca supe describir la emoción exacta que tuve ante tal noticia, la adrenalina adormecía mi cuerpo y mi único impulso fue envolver a mi madre en un abrazo, calmándola como pudiera, asegurando que no me iría para siempre, que la guerra no sería eterna y que pronto podría regañar a su querido hijo por no estar al día con las materias de la facultad.

Más pronto que tarde llegó el día de mi partida; un último abrazo y un beso en la mejilla fue mi despedida, me sentía conmovido durante el viaje, pero mi amigo, también seleccionado por el sorteo de la muerte, aliviaba la pena y la volvía llevadera.

Cierta y totalmente yo acudí emocionado a la convocatoria, estaba a nada de servir noblemente a mi país, díganme si no habrá una historia mejor que esa para contarle a mis nietos cuando me llegue la vejez y mi vida se resuma a los recuerdos de mi juventud.

Pasaron las semanas, los meses y aquel combustible de adrenalina se había

esfumado como una bomba de humo; mi cuerpo ya no estaba más adormecido ¿y cómo siquiera estarlo? si el incesante ruido de gritos, disparos, maldiciones y demás me mantenían despierto incluso en contra de mi voluntad.

¿Qué carajos hago aquí? Me preguntaba constantemente mientras caminaba de regreso a la base, evitando casi de manera olímpica mirar los cuerpos mutilados de aquellos que algún día serían recordados como héroes, pero sin poder ignorar el fétido olor de los cadáveres descompuestos, la sangre que parecía ser el único olor mínimamente reconocible en el campo, colándose por mi nariz hasta el punto de casi saborear el metal.

"¿Por qué la guerra no termina? Yo le prometí volver a mi mamá tan pronto fuera posible" recuerdo vívidamente haber dicho entre sollozos a la enfermera que me cuidó cuando fui herido de un balazo en la pierna izquierda; me sentí como un niño pequeño, tal vez, porque aún lo era; pero los adultos decidieron pelear y los niños van a pagar.

Tengo tanta hambre, que podría asegurar que de tener un espejo al frente apenas vería una sombra de lo que fui, o al menos eso decía mi amigo, que también estaba en un estado casi demacrado.

Extraño a mi amigo, todavía vive en mi memoria aquella noche; milagrosamente llegaba temprano a la base puesto que me salvé del turno nocturno y al ingresar pude divisar que la puerta de la improvisada habitación, que compartía con mi amigo y 20 soldados más, estaba tenuemente abierta, me acerqué con cautela, temiendo avistar un enemigo; pero al contrario era mi amigo... con una pistola apuntando directamente a su propia frente, los ojos bañados de lágrimas y la respiración acelerada, temblando como una hoja y yo... inmóvil, totalmente

paralizado; observé cómo se volaba la cabeza en aquella habitación, sus músculos se esparcieron como gelatina, la sangre bañó los colchones y el cuerpo cayó descabezado al frío y duro suelo. Ni siquiera traté de detenerlo, tal vez porque yo también deseaba hacer lo mismo, porque soy un niño asustado que necesita escapar del problema.

La guerra continúa, pero parece pronta a llegar a su fin, los adultos son conscientes que es imposible seguir y la derrota sería inminente, el día que se anuncia la pérdida sentí como si mi alma me dejara el cuerpo, era igual a un cascarón vacío.

En el regreso me escabullí, no quería ver a nadie, no quería que nadie me viera, aún la terrorífica sensación de cargar con el cadáver de mi amigo me producía picazón en las manos.

Ahora, metido dentro de un oscuro callejón me encuentro escribiendo mis últimas memorias, ya no veo la vida con los mismos ojos, ya no deseo seguir vivo y por eso te escribo esta carta, mamá, que me informaron que moriste por complicaciones de salud mientras yo estaba lejos, y si alguien encuentra esta carta que cumpla mi deseo... Devuelvan mi inocencia, quiero que me regresen la vida, la pureza estúpida que me impulsó ir a ese matadero que no terminó conmigo y por ello ahora con cuchillo en mano, me veo obligado a hacerlo por mi cuenta.

Que ardan en el infierno los adultos que mataron tan niños que enviaron al campo de batalla por su propia cobardía.

-Sham.